

XII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B
DIFERENTES
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

No me gustan los distintivos. Digo siempre que no quiero llevar sotana, ni corbata. Estoy convencido de ello, pero advierto que no derramaría ni una gotita de mi sangre por defenderlo. Esta convicción no pertenece al terreno de la Fe. O tal vez, de alguna manera, sí. (advierto que los ornamentos litúrgicos no los excluyo, como el mismo Señor cubriría su cabeza con el talit, se trata de uniforme de ceremonia)

De lo que estoy convencido es de que el ser humano es incomunicable, pero tendente siempre a la comunicación. En esta dinámica entra el compartir.

En castellano existen dos palabras diferentes, de significado parecido. Se trata del charlar y el hablar.

En el primer caso puede existir entre dos personas un derroche de palabras, sin ningún contenido. Cuando llega el momento de separarse, cada una se aleja del otro sin haberse enriquecido en absoluto. En el segundo sentido, se supone que al alejarse, los dos han cambiado. Para bien o para mal, pero consecuencia del encuentro, aun el caso de fortuita entrevista, algo ha trocado.

Si la divagación que ha iniciado este mensaje, queridos lectores, es consecuencia de la sociabilidad propia de nuestra esencia, con mucha mayor intensidad debe anidar cuando interviene la Fe y la Gracia.

Por tanto, no valoremos a nadie según la carne, dice Pablo inspirado. Acaparar títulos, disfrutar de trabajos bien remunerados, poco valen si falta la Fe, por mucho que halague a los padres el que sus hijos hablen lenguas, viajen y se enriquezcan. El que es de Cristo es una criatura nueva. No un cualquiera, que goce de prestigio y poder. Lo que aprecia y deslumbra al mundo es moneda que en llegando a la muerte, se devalúa totalmente.

No hay que vivir de apariencias, que son decorados de la comedia de este mundo. Sin distintivo alguno, pretendo siempre que por mi conversación o por mi conducta, advierta el otro que soy diferente y descubra la esencia de mi Fe. Nunca oculto, más bien siempre proclamo de tal manera mi realidad sacerdotal.

Cambio de tercio.

El texto del libro de Job que aparece este domingo, hay que leerlo con mentalidad poética, para quedar asombrado de la realidad profunda que en él se encierra. La norma litúrgica es que la primera lectura, casi siempre del Antiguo Testamento, sea anticipo del texto evangélico. En este caso es difícil de ver.

Para entender lo que representa la acción del Señor que acompañaba a sus discípulos en las tareas de la pesca, hay que conocer algunas de las características del microclima propio y exclusivo del entorno del mar de Galilea, o Kineret, en lenguaje local. No sé si la comarca tiene un servicio meteorológico, los criterios de otros parajes no servirían para predicciones seguras.. Una de las características peculiares de este lago ovalado, de unos 20km de norte a sur y no más de 9 de este a oeste, es que al atardecer, a eso de las 18h, cada día mueve con más o menos intensidad sus aguas. Me ha gustado muchas veces, cuando la compañía y el horario lo permitía, ir a pasar un rato sentados a la orilla, al lado del minúsculo embarcadero de la iglesita de la Confirmación del Primado a Pedro, leyendo el evangelio o entreteniéndonos recogiendo conchas de caracolos, de almejas o de cangrejos, que hay muchos entre sus arenas. Contemplar la superficie del agua lisa cual la de una bañera. Entrar enseguida y celebrar misa junto a la llamada Mensa Christi, la roca donde dicen que el Maestro les esperaba un día con unos panes y peces que sazónaba sobre brasas (Jn 21, 1ss). Al salir del recinto, la superficie ya no estaba nunca quieta. O se rizaba alegremente cual festón de encaje de bolillos o enojada, amenazaba con olas de más de un metro. Siempre ocurre, según me contaban y he experimentado yo unas cuantas veces.

Algo así debió pasar aquel día y el Señor en la popa, tranquilamente, se había dormido. Pese a ser los apóstoles por lo que parece, dichos pescadores navegantes, aquel día la cosa iba a más de lo acostumbrado y temieron por sus vidas. Debían despertarle, no había otro remedio imaginable, y lo hicieron. No se asustó, erguido increpó al agua y esta obediente se calmó.

Sin haber alejado la sensación de miedo que habían sufrido, los apóstoles admirados se sombraron.

El asombro, como consecuencia de la Fe, no es común, pero como expresa Job poéticamente en la primera lectura, debe ser componente de la adoración, más que el temor.

Me detengo un momento, sugiriéndoos que os preguntéis, amigos lectores, ¿Dios me asombra o me deja indiferente?

Hace unos años se descubrió una barca cubierta por el limo del fondo, a la orilla del oeste. Una barca que muy estudiada por todos los medios de análisis de que se dispone, se sometió después a procedimientos que asegurasen su conservación. Durante unos diez años duraron los estudios y mientras estuvo bien custodiada, oculta a las miradas de los viajeros. Me encontraba un día comiendo en el Kibutz de Guinosar cuando me enteré de que a pocos metros de yo donde estaba, ya se podía ver. Abandoné la mesa, entré en el recinto, nadie estaba, sabía que no podía ni tocarla, ni siquiera fotografiarla. Cámaras de alarma me vigilaban. Se me permitía

exclusivamente contemplarla. Sabía que era del tiempo de Jesús, nadie podía negar que pudiera ser la de Pedro, pero con toda seguridad el Señor la habría visto. Eran pocas las naves que por allí se movían pescando.

Composición de lugar, diría Ignacio de Loyola, me fue muy fácil tal labor espiritual. La proa se elevaba ligeramente, las costillas donde se apoyarían los pescadores se conservaban casi intactas y la popa se hundía un poco por el peso del Señor.

Me perdí aquel día medio almuerzo, nunca una tal abstinencia ha saciado tanto mi espíritu.

Yo también dije y le digo en cualquier sitio que me encuentre : Señor, isálvame, que sin ti perecería!

--